

LA RESPONSABILIDAD DEL TRADUCTOR ANTE LA LENGUA: PRÉSTAMOS, "LAVADO" Y LIBERALISMO LINGÜÍSTICO

Gertrudis Payàs

(Texto leído en el III Congreso Nacional de Lingüística de la AMLA el 16 de octubre de 1995, ciudad de Puebla. Están publicadas versiones abreviadas en el acta del mismo y en la revista Apuntes.

Ahora, seis años después, todavía sostengo buena parte de lo que aquí digo. Quizás soy menos categórica en algunas afirmaciones, seguramente porque algo habré aprendido desde entonces.)

RESUMEN

Dentro del contexto de la permisividad reinante frente a las injerencias lingüísticas, sobre todo del inglés en el español, analizo el papel del traductor. La comparación con las críticas de que era objeto en los siglos XVIII y XIX (cuando se le acusaba de ser culpable del afrancesamiento de la lengua) sugiere que, aunque hoy no pueda decirse que sea el traductor el principal responsable de la penetración del inglés, se puede afirmar que el **proceso de traducción** legitima la difusión de usos foráneos. Por ello parece pertinente replantearse la función del traductor profesional y aportar algunas ideas sobre su responsabilidad.

TRÁFICO DENSO

Con las lenguas está pasando lo mismo que con la demografía: del Norte de Africa hacia Europa, de México y Centroamérica a Norteamérica, del cono sur de América hacia el norte del continente y Europa, revoltijo de "boat people" por todo el Pacífico, etc.

Y no se trata sólo de que unas lenguas invadan los territorios geográficos de otras, fenómeno natural, bien conocido, al que debemos todas las lenguas que hablamos (en el plano del léxico, en el español peninsular, a las formas "nativas", si es que así se pueden llamar, se han superpuesto, a lo largo de la historia, como sabemos, las formas griegas y

romanas, las árabes y germánicas, las francesas e inglesas, fruto de invasiones sufridas e incluso algunas fruto de las invasiones emprendidas: el caso de la palabra "tiza" (náhuatl) en España). México, tras el desastre que supuso para el náhuatl y las demás lenguas autóctonas la imposición del español, incorporó también usos del francés y del inglés, además de dejar aflorar los sustratos de las lenguas predecesoras. Tan histórico es decir "mariachi" como "dale su mamila a la niña" (usando el posesivo náhuatl). Para los angloparlantes, tan histórico es decir "guerrilla" como "*data*"; para los francófonos, "redingote" (*riding coat*) o "avatar" (sánscrito). La lengua que hoy usamos es resultado de los usos que hemos dejado pasar y de los que hemos rechazado.

Hoy en día existe además un curioso efecto paralelo: las invasiones dentro de las mismas lenguas, de un registro a otro, de un campo semántico a otro, reflejando, como dice Juan Insúa, el gran "tráfico de influencias" que hace que haya "...científicos que funcionan como filósofos o teólogos, filósofos que se han vuelto novelistas, consultores de empresas que actúan como "gurús"¹.

Aunque podemos considerar este fenómeno como un enriquecimiento, no cabe duda alguna de que se trata también de una perturbación del "status quo" lingüístico. Si a ello agregamos el hecho de que ciencias y técnicas, al igual que otras áreas del conocimiento que buscan una respetabilidad científica, se hayan desentendido de la lengua que sirva para comunicarlas, resulta que nos encontramos en un momento que, cuando menos, podemos calificar de muy singular.

La interpenetración es, pues, terminológica, semántica y estilística, y posiblemente de contenidos más amplios, a juzgar por los escasos obstáculos que se oponen a nuestra comprensión —por lo menos, formal— de otras culturas y formas de ver el mundo contemporáneas.

El imperativo de comunicar, de eliminar obstáculos, y la información que, como mercancía, debe circular sin trabas colocan a las lenguas, instrumentos de esta comunicación, en una situación que no tiene precedente histórico (aunque sea resultado de toda una historia). El acoso que sufrió el español del s. XVIII por el francés no es sino palidísimo reflejo del que está sufriendo ahora por el inglés.

Me quiero centrar en la problemática de estas injerencias (invasiones, contaminaciones o como queramos llamarles) en nuestra lengua, y definir una vía media que refleje, por una parte, lo enriquecedores que son para nuestra lengua los contactos,

¹ "El gran mestizaje", *La Jornada dominical*, n° 26, 16 de mayo de 1993.

fusiones, etcétera, con las demás y, por otra, lo peligroso que puede resultar dejarnos llevar por la ola de liberalismo, signo de nuestros tiempos. Las más de las voces dicen hoy que la lengua no necesita quien la defienda. Cierto. También hace un siglo nadie hubiera roto una lanza por los mares y ríos. La Tierra entera parecía defenderse sola, y poder digerir cuanta basura se le echase y rehacerse de cuanta violencia se le hiciera. Decir que los sistemas se ajustan solos y que no hay que intervenir equivale a decir que el libre juego de los mercados desemboca impenablemente en un reparto equitativo de las riquezas. Ahora sabemos que no es así; tampoco en lo tocante a la lengua. La postura que propugno no es de conservacionismo a ultranza; abogo por una actitud alerta, vigilante y creativa, que haga contraste con la pasividad reinante y permita encontrar las soluciones (necesariamente fronterizas) que se requieren. Intentaré definir el papel del traductor en este contexto.

Decía hace un momento que el que las lenguas invadan los territorios de otras es un fenómeno natural. Estas invasiones, como las de cualquier otra índole, también han tenido y tienen sus movimientos de resistencia, y aquí conviene aclarar que no todas las resistencias son integristas. Volveré a ello.

Juvenal, en los años 50 de nuestra era, se burlaba en una de sus sátiras, de la afición de las damas latinas por imitar todo lo griego. No sólo se vestían a la griega sino que hablaban entremezclando palabras griegas en su conversación e imitaban el acento ático.

EL TRADUCTOR EN EL S. XVIII: FAMA E IGNOMINIA

Diecisiete siglos después, en 1768, el padre José Francisco de Isla adaptaba esos versos de Juvenal para referirse a la moda afrancesada en España:

Yo conocí en Madrid a una condesa
que aprehendió a estornudar a la francesa,
y porque otra llamó a un criado chulo,
dijo que aquel epíteto era nulo
por no usarse en París tan mal vocablo;
que otra vez le llamase pobre diablo,
y en haciendo un delito cualquier paje,
le reprehendiese su libertinaje.

....

Logro la dicha es frase ya perdida;
tengo el honor es cosa más válida.

Las honras que usted me hace es desacierto;
las honras se me harán después de muerto.
Llamar a un pisaverde, pisaverde,
no hay mujer que de tal nombre se acuerde;
petimetre es mejor y más usado,
o por lo menos más afrancesado².

Las expresiones "pobre diablo", "paje", "petimetre" pasaron al español; el sustantivo "honra" quedó relegado a la funeraria y alguno que otro refrán ("y a mucha honra"), dejando el lugar a "honor", que no era de uso hasta entonces. También pasaron "bagatela", "coqueta", "edecán", "gendarme", y muchas más (debió haber otras que aunque pugnaron por pasar fueron rechazadas. Algún día habrá que hacer el censo).

José Francisco de Isla no vacila en dirigir la artillería hacia nosotros: "Lo que digo es que, con efecto, los malos, los perversos, los ridículos, los extravagantes o los idiotas traductores son los que principalísimamente nos han echado a perder la lengua, corrompiéndonos las voces tanto como el alma. Ellos son los que han pegado a nuestro pobre idioma el mal francés, etcétera..." (adviértase el símil del traductor con la prostituta que contagia la sífilis).

Pero Isla no está solo, y su voz se suma a otras que coinciden en acusar al traductor de los males que aquejan a la lengua. Juan Pablo Forner (1795) es tajante: "son estimables para mí todos los libros castellanos que se escribieron antes de que apareciese la plaga de los traductores de obras francesas".

Estos ataques van aderezados con lamentos profundísimos sobre la humillación que representa para la lengua del siglo de Oro, la de Cervantes y Lope, y Quevedo y Góngora, el hecho de verse contaminada por una lengua que se califica sin empacho de "uniforme y pobre". Forner, en sus Exequias de la Lengua Castellana, entra en detalle: "El mal está en que, siendo el mecanismo de nuestra lengua infinitamente más bello, más elocuente, más suelto, más vario, más flexible que el del exactísimo, y, por lo mismo, sequísimo, indocilísimo y monotísimo dialecto francés, han trasladado sus locuciones y modismos, unos por ignorancia, otros por novedad servil, pareciéndoles que para la elocuencia basta la grandeza...."³.

² Citado por Santoyo

³ Citado por Santoyo

José Cadalso, en sus *Cartas Marruecas* (1793) se lamenta de que "la esclavitud de los traductores ha despojado a este idioma de sus naturales hermosuras, cuales eran laconismo, abundancia y energía"⁴. Parecida es la reacción de José de Vargas Ponce⁵ "... en cada frase que se introduce por las traducciones se corroe y carcome todo el ensanche del Castellano". Levanta la voz y dirige su dedo acusador: "Así holláis el idioma, traductores ignorantes; así lo habéis obscurecido y afeado, y es obra vuestra la deplorable deformidad en que yace".

Traidores, pues, no sólo al autor original, sino a la lengua misma. Malinches entre todas las Malinches.

No podemos sino maravillarnos del poder que se atribuía entonces al traductor. Si tanto nos vituperaban es que ocupábamos un lugar señalado en lo literario. Epoca de diatribas y libelos, en que un traductor como Tomás de Yriarte dedicaba un tomo de 400 páginas a defender su traducción del *Arte Poética* de Horacio de una impugnación de ocho páginas que le había hecho un crítico (López de Sedano, en el *Parnaso Español*).

EL TRADUCTOR HOY. SU RESPONSABILIDAD

Indudablemente, las cosas han cambiado (por lo pronto, es difícil vivir de la traducción, a diferencia de lo que parece haber ocurrido en el siglo anterior, en que los autores publicaban poco y se dedicaban a traducir para ganarse la vida ("lloremos y traduzcamos" decía Larra). El traductor ha perdido su imagen pública, en la sociedad hispanohablante, por lo menos. Por lo que sé, a nadie se le ha ocurrido culpar al traductor de los extranjerismos que en estos últimos 50 años han entrado a nuestra lengua. Evidentemente, porque es muy difícil de determinar. Hoy es mucha más la gente que entiende, habla y escribe en dos o más idiomas, sin ser profesionalmente un traductor. Por eso, más que achacarle la culpa a los traductores como gremio, hay que dirigir la vista hacia la **operación traductora**, ejercida por un autor en situación bilingüe, o por el profesional de la traducción.

Por otra parte, y aunque la presión del idioma inglés sobre el español de toda la geografía hispanohablante pueda compararse a la que ejerció el francés en el XVIII, si bien es difícil medir la capacidad de resistencia a esta presión y equipararla a la de entonces, parece evidente que hoy los medios de comunicación de masas son los canales principales de difusión de esos extranjerismos. Tiene hoy más importancia el qué se dice

⁴Carta XLIX, p. 200, *Cartas Marruecas*, Ed. Cátedra, Madrid, 1978.

⁵ Citado por Santoyo

que el cómo se dice; que pase el mensaje, esté como esté. Y que este mensaje se borre para dejar lugar a nuevos mensajes, cada vez más fuertes e impactantes, para que sobresalgan de la saturación.

La concepción nacionalista de la lengua que hacía llamar dialecto al francés ha desaparecido, los círculos literarios, aquellos lugares en los que se forjaban y destruían las reputaciones de los autores y traductores, también; la calidad de una traducción no merece sino algún comentario en las últimas líneas de las reseñas de novedades de librería.

Como decía, no se ha vuelto a hablar de responsabilidad directa del traductor en el devenir de la lengua. Sin embargo, algunos autores, como Vinay y Darbelnet, indican que con frecuencia los préstamos entran en una lengua por el canal de una traducción⁶. Este es el hecho que nos interesa investigar: ¿Cómo entran y cuáles entran? Entendamos primero el fenómeno.

El fenómeno de la entrada de extranjerismos en las lenguas por la vía de la traducción lo reconoce implícitamente Juan Luis Vives, ya en 1532: "Muy útil fuera a las lenguas si los traductores diestros tuvieran tal osadía de conceder de cuando en cuando derecho de ciudadanía a tal o cual tropo o figura peregrina, mientras no anduviera demasiado lejos de sus usos y costumbres"⁷. A este respecto, cabe decir, pues, que históricamente se le reconoce al traductor una responsabilidad (por acción u omisión) en la apertura de la lengua a las innovaciones. Por otra, es cosa obligada advertir que los consejos de Vives, a la vez atinados y llenos de medida, se vieron sobrepasados por los acontecimientos. Nadie podía predecir en aquel momento lo que la imprenta iba a desencadenar: una aceleración y multiplicación progresiva y constante de los flujos de información, que diluyeron las barreras geográficas y culturales —concretamente lingüísticas— sometiendo a las lenguas a presiones que rebasan con mucho su capacidad de absorción y digestión, y, desde luego, que escapan a la posible vigilancia que pudiese ejercer cualquier traductor desde su mesa de trabajo.

Si bien en cualquier momento histórico una lengua es el resultado de la pugna entre estas presiones y sus respectivas resistencias, hoy no parece ser tan fácil decir, como decía Unamuno a propósito de la palabra "*sport*", que pugnaba por penetrar en el español en un momento en que no existía en nuestra cultura la noción de ejercicio físico recreativo y formativo: "déjenla andar, y ya se verá si arraiga", porque el tiempo no permite observar

⁶ García Yebra, **Teoría y Práctica de la Traducción**, Gredos, p. 335.

⁷ En **El Arte de Hablar**, cit. por Santoyo, p. 54.

estos procesos. Los préstamos y nuevos usos llegan a pasmosa velocidad y se instalan sin que se les oponga obstáculo.

Veamos la naturaleza de estas interferencias: tenemos los **préstamos**, que suelen ser palabras extranjeras que entran a nuestra lengua acompañando innovaciones. Los tomamos tal cual ("sauna", "jacuzzi", los términos de algunos deportes: "clinch"), o los naturalizamos ("formatear", "fútbol", "suéter"). También tenemos calcos, las palabras o expresiones que traducimos literalmente para adaptarlas ("jardín de niños"). Entre estos dos tipos hay variantes y singularidades: en México coexisten "ride" y "aventón", por ejemplo, y no todo el mundo se despide con el "bye".

Ahora bien, una cosa es admitir "sauna" (algo que no teníamos y que ahora tenemos), otra es admitir "suéter", "paje" o "restaurant" (algo que teníamos pero con características distintas: "abrigo" o "levita", "criado" o "lacayo", "posada" o "venta") y muy otra es admitir la invasión actual, sintáctica y estilística del inglés, fruto de nuestro subdesarrollo lingüístico y de una actitud servil ante los fenómenos invasores. Lo importante aquí es entender que, una vez adaptados por el traductor, estos usos foráneos quedan, por decirlo con una palabra que hoy tiene un significado muy especial, "lavados" y, por lo tanto, nadie objeta ya a su utilización. La responsabilidad del traductor es, por lo tanto, mayor que lo que las apariencias permiten suponer.

Estas invasiones tienen como rasgo común que no parecen corresponder a defectos o lagunas de nuestra lengua o cultura. Parecen fruto del capricho; de hecho obedecen, creo yo, de alguna forma a la necesidad de globalización. Se van eliminando los tipismos para dejar paso a unas formas muy homogeneizadas de hablar y escribir (y casi me atrevo a decir que de pensar), que "facilitan" el flujo de información (para que se me entienda mejor en todo el mundo, debo neutralizar mi lenguaje. En este sentido, es cierto que tal vez la máquina de traducir nos alcanzará, si logramos que desaparezcan las asimetrías entre las lenguas, cosa que muchos traductores no parecen entender. Veamos en detalle algunos de estos fenómenos:

Plano del léxico

Los sustantivos genéricos ("development", "system", "implementation", "course of action", "action", "decision-making bodies", "projection", "control", "problem", "pattern", "approach", "background", "scheme"). Estos genéricos, de reiterada frecuencia de uso y muy polivalentes, exigen del traductor una cuidadosa labor interpretativa para determinar sus equivalentes en cada caso⁸. Por desgracia, esta capacidad crítica no

⁸ Jean Delisle, **La Traduction Raisonnée**, Presses de l'Université d'Ottawa, 1993.

abunda, y finalmente el traductor se limita a calcar el término, con lo que se verifica que los términos genéricos de la lengua dominante tienden a marginar a los específicos que les corresponden en la lengua dominada⁹. Añadiré: primer gran efecto de homogeneización (esperanto).

Los adverbios en “-ly” y nuestros adverbios en “-mente”. El uso tradicional de los adverbios en “-mente” es más discriminado que el de sus equivalentes ingleses en “-ly”. Sin embargo, los traductores suelen soslayar esta realidad, con lo que se observa un retroceso de locuciones adverbiales españolas clásicas (los enfáticos “*remarkably*”, “*greatly*”, “*highly*” se traducen por calco, olvidando que tenemos formas propias y utilísimas como “muy”, “sobremanera”, etcétera).

La ausencia del superlativo absoluto en inglés hace que el traductor olvide que en español existe. ¿Por qué traducir “*extraordinarily rich tradition*” como “tradición extraordinariamente rica” si, por una vez, podemos ser más sintéticos que el inglés y decir “riquísima tradición”?

El plano de la sintaxis

Las combinaciones de preposiciones y de preposiciones con conjunciones. El inglés admite estas combinaciones; el español no: “ni pertenezco ni colaboro con los sindicatos” es incorrecto; también “levantar la condición de y las simpatías del público hacia los enfermos mentales”. Sin embargo, ahí están; traducidas y publicadas (El primer ejemplo lo cita L. Núñez Laderèze, en *Teoría y Práctica de la construcción del texto*, Ariel, Barcelona, 1993, p. 89. El segundo viene del editor F. Huneeus, *Cuatro vientos*, Santiago de Chile 1988, p. 146).

Las conjunciones (“*once*”, “*while*”). Se suelen traducir por calco, con retroceso de “en cuanto”, “apenas”, y de los participios con función terminativa (“Limpias las armas, las guardó en el armario”). El caso del “*while*” con función de simultaneidad lógica, no temporal: se tiende a traducir erróneamente como “mientras”, “al mismo tiempo que” en lugar de “aunque”, “si bien”, o “si, por una parte... por la otra”. Ej: “Al mismo tiempo que acepta el derecho de la sociedad de utilizar los bienes culturales apropiada y respetuosamente, el profesional de la conservación actúa como abogado en pro de la preservación de los bienes culturales” (Código de Ética y Normas para el Ejercicio Profesional del American Institute for Conservation of Historic and Artistic Works. En la revista *Apoyo*, abril 1994.) Otro tremendo abuso en el uso de las conjunciones es el que consiste en traducir siempre “*and/or*” por “y/o”: “La información contenida en los artículos y/o

⁹ Delisle, *op. cit.*, p. 169.

anuncios es exclusiva responsabilidad de sus autores. APOYO no asume responsabilidad alguna sobre la eficacia de los métodos y/o materiales en ellos mencionados. Las directrices para autores y/o traductores de contribuciones para el Boletín puede solicitarse a nuestra dirección". (misma fuente) Otra manía que parece que ya se instaló en el español. Un ejemplo más de homogeneización.

Los tiempos y modos verbales (gerundio inglés; inexistencia del subjuntivo y escasez de tiempos verbales en inglés; la voz pasiva)

Uno de los principales aspectos en los que inglés y español no son simétricos es el de los tiempos y modos verbales. Sólo hay coincidencia en los usos más directos y sencillos. Por eso, el traductor diestro debe, mediante una operación de interpretación del sentido, decidir qué tiempo verbal usaría el español en el mismo caso.

El gerundio es de uso muy frecuente en inglés. En una página de agradecimientos del autor de un libro leo, en la primera línea "*I owe my thanks to many people for helping me with this book*"; la siguiente oración, tres líneas más abajo dice: "*Without my naming them all individually...*". La quinta oración reza: "*For helping me track down...*". En ninguno de estos casos este gerundio corresponde a un gerundio español. Su correspondiente más próximo es un infinitivo.

Otro de los casos es el del pasado: "*she was ill*" puede ser "estaba" o "estuvo", según el contexto. "*John was a good student*" puede ser "fue" o "era".

También el traductor debe forzar el uso del subjuntivo, inexistente (prácticamente) en inglés. En parte, la abundancia de verbos que indican posibilidad en inglés corresponde a esta necesidad de expresar lo hipotético ("*may*", "*can*" y "*might*"), y a menudo se ve calcada en español por medio de giros forzados.

CONCLUSIONES

¿Dónde está el peligro, entonces? Al traducir partiendo de una simetría ideal, al traducir indiscriminadamente "enfaticar" por "*emphasize*", "involucrar" por "*involve*", "implementar" por "*implement*", "eventualmente" por "*eventually*", "referir" por "*refer*", "remover" por "*remove*", "disponible" por "*available*", "agradecer por" por "*be grateful for*", "resultar en" por "*resulting in*", etcétera, no hacemos sino allanar el camino para que la información circule sin trabas: la homogeneidad a costa de la singularidad.

En esta dialéctica entre la necesidad de homogeneizar, para lograr una mejor comunicación, y el imperativo de conservar la identidad; entre el ideal de una fusión que nos regrese a antes de Babel, y la premonición de que sólo la conservación de la

diversidad nos salva de la anomia, la solución tiene que venir forzosamente por transacción.

Desde luego, esto implica salir de la apatía imperante. Resistir es señal de salud. Como decía, no todas las resistencias son integrismos.

Gracias a la televisión por satélite vi un programa sobre la problemática de la homogeneización de las semillas en el mundo. Apasionante historia de cómo, para resolver el hambre, hemos elaborado semillas de alto rendimiento que han ido desplazando a las semillas originales, autóctonas. Las "inventadas", finalmente, no han sido tan extraordinarias como se creía, sobre todo, porque no tienen resistencia a muchas plagas y porque requieren una tecnología muy costosa para su producción y manejo. Conscientes del problema, hay agricultores en EE.UU. que se reúnen una vez al año para intercambiar esas viejas semillas que hoy están en peligro de extinción. Las plantan en nuevos suelos y así contribuyen a que esa diversidad siga existiendo.

Algo así debemos hacer. Hacer frente a la homogeneización implica, por una parte, dismantelar la idea de la pureza del idioma: la charca quieta no tiene vida. Las lenguas existen en la medida en que sirven a sus hablantes y están en contacto con las demás. Ahora bien, el problema reside en conservar la identidad pese al contacto. No perderse en el contacto. Ahí está la responsabilidad del traductor. Lo que el traductor admite, queda. En el contacto, debe buscar la solución que haga que la lengua conserve su personalidad (consciente de que esto implica una discusión constante). Para ello, las soluciones mejor adaptadas son las que son fruto de esa tensión.

Tensión fronteriza, volviendo a Insúa, que permitió que "*sport*" no pasara, y que, en cambio, alguien, a quien le debemos un monumento, reviviera la antigua palabra "depuerto", que significa recreo, solaz, esparcimiento, e inoculándole el término inglés, nos dejó la afortunada expresión "deporte".